

## El arte y la muerte

Mtro. Omar Olvera Cervantes

*Sobre las cumbres hay paz,  
En las copas de los árboles  
apenas puedes percibir un aliento,  
los pajarillos han enmudecido en el bosque.  
Espera, pronto  
descansarás tú también*  
(Goethe)

Dentro de las actividades que representan el hacer humano de una forma extraordinaria, tenemos al Arte, por su capacidad de expresar las emociones, la espiritualidad y los anhelos de trascendencia.

Actualmente estamos atestiguando la destrucción de la capacidad humana de comprender el mundo y de descubrir su belleza al natural: Ahora la vemos mediante los filtros que la tecnología nos provee. Un artista no grita... su obra hace comprensible y visible aquello que no se ve: el mundo del espíritu.



También la muerte puede ser vista por medio de las obras de arte, no como una tragedia sino como un canto de esperanza. Puede ser representada como uno de los peores temores, pero también como amor, compasión y solidaridad.

*“Lamento por Ícaro” (1898) de Herbert Draper*

Platón decía que la función esencial de **la verdadera belleza** consiste en comunicar al hombre una suave sacudida que le hace salir de sí mismo, lo despierta y lo **conduce a lo alto**. La verdadera belleza no estimula apetitos, sino que abre el corazón humano al deseo profundo de conocer, de amar, de ir más allá de sí mismo.

**La muerte** como un pretexto artístico es algo que suscita **representaciones de todo tipo**, las religiosas sin duda; pero también otras expresiones que se centran en la situación social y cultural. La muerte y sus causas generan esa necesidad de evidenciar las carencias sociales y culturales que provocan que muchos vean a la muerte como una realidad que acaba con los sufrimientos o como esa realidad que exalta los límites de la justicia y la equidad, porque se ve como el arma de los grupos de poder que amenazan con ella a quienes les estorban. Con esta postura hay que tener cuidado, porque

a estos grupos se les olvida que a aquellos a los que se les quitan las opciones, no tienen nada que perder si deciden incendiar el mundo y creo que lo estamos empezando a ver.

En el **imaginario mexicano** existe una **asociación** innegable **con la idea de la muerte**: la vemos presente en el teatro, el cine, la música, en las expresiones plásticas; todas éstas y las expresiones de arte informal, lo que llamamos “arte urbano”; y sin duda no podemos omitir el origen de todo: el arte prehispánico, como expresión de toda una cosmovisión que se manifestaba derramando sangre sobre las piedras de sacrificio, en todas esas culturas, de las cuales podemos encontrar su sentido expreso que es netamente religioso; en el arte pictórico, escultórico, en los pocos códices que sobrevivieron a la destrucción vemos parte de la conciencia de esas culturas. En todo eso encontramos **el sentido profundo y religioso de su forma de morir, pero sobre todo de vivir**. La conciencia sagrada de la muerte hace que el vivir tenga esa misma connotación.

El mexicano a veces se carcajea de la muerte, cuando piensa que no le está mirando o cuando se atreve a mirarla de frente. Pero **ríe nerviosamente** cuando ésta le regresa la mirada y “le pela los dientes”. A pesar de que el pensamiento cristiano se encuentra en la base de un gran porcentaje de la población, donde la muerte tiene que verse como la garantía de la verdadera vida, al mexicano le angustia que este “valle de lágrimas” aniquile su espíritu y anticipadamente le desprenda de su cuerpo: violencia física, represión, injusticia, carencias, segregación, hambre y despojos, son fuerzas cotidianas que están y han estado presentes en lo que llevamos de historia como conglomerado social. Las guerras civiles, la corrupción, los grupos con poder de facto, la delincuencia, los reyezuelos, por mencionar algunas circunstancias y factores, que han favorecido el que la muerte no sea una encarnación retórica, sino un ciclo en el cual algunos individuos se encuentran permanentemente sujetos.

Hay artistas contemporáneos que demuestran actualmente un **sesgo clasista**, si bien se valen de la muerte y la ponen como pretexto, a veces podemos encontrarnos relaciones morbosas, revictimizando a las víctimas y hasta cierto punto justificando las tragedias.

Es notable que al mismo tiempo existan otros que transmiten **reflexiones profundas y generosas**, haciéndonos partícipes de los procesos sociales, de las miradas locales. Su obra es confrontativa y ponen sobre la mesa los conflictos ocultos de los círculos de corrupción y poder.

En la actualidad se camina hacia un concepto de humanidad intrascendente; junto con esto vemos también el arte que representa esta **conciencia banal instalada, altamente erotizada e infantil**. Tenemos a artistas como Damien Hirst, representante de un tipo de artistas plásticos, que ofrecen una obra de “arte” más bien llamativa, digitalizada y morbosa; pero que no ofrecen ningún tipo de experiencia profunda o espiritual, propia de las verdaderas obras de arte.

El máximo temor no es la muerte en sí misma, sino la vida que acontece llena de sufrimiento tanto físico como emocional, no sólo el ejercido por el victimario, sino por **una sociedad que permanece indiferente** con una indiferencia que se hace cómplice: los desaparecidos, las mujeres que mueren por la violencia explícita contra ellas... los niños aparecen en esta sociedad como los más vulnerables, incluso el no nacido corre peligro en el vientre materno. Este mundo se va llenando de sufrimiento gratuito, sin sentido. El hombre confía su conciencia a los medios de comunicación y al sistema económico y político del que formamos parte por medio de las nuevas formas de esclavitud.

Escribe Ana Magdalena Bach, sobre la muerte de su esposo: “Magdalena –me dijo- ahora veré colores más hermosos y oíré la música que hasta ahora hemos podido soñar, ¡y mis ojos verán al mismísimo

Señor!... Cada vez se veía más claro que se acercaba a su fin. “Tocad un poco de música –dijo- mientras nos arrollábamos junto a su lecho”. “**Cantadme una hermosa canción sobre la muerte**, que ha llegado mi hora”. “Yo vacilé un instante, no sabiendo qué música escoger para aquellos oídos que pronto oirían la música celeste. Pero Dios me inspiró y empecé a cantar el coral: *Todos los hombres tienen que morir*, para lo cual había escrito él un preludeo en mi cuadernito de órgano. Los demás me siguieron y cantamos a 4 voces. Mientras cantábamos, una expresión de paz se fue reflejando en el rostro de Sebastián. Parecía que ya se había alejado de las miserias de este mundo.

En este relato vemos al arte como un marco mortuorio, esa música intemporal que evoca sentidos. Podríamos decir que sirvió de conductor en el paso de esta vida a la otra. El espíritu humano tiene esa capacidad o ese poder; de **unir lo temporal con lo eterno, mediante el arte**. Algunos logran hasta cierto punto, un tipo de inmortalidad mediante su legado artístico, todavía debatimos sobre el significado de pinturas rupestres de hace miles de años, no sabemos nada de los autores, pero tenían esa capacidad de representar a su mundo, sus creencias y nos han dejado una nota que atestigua que vivieron.

La **poesía**, como tal sin más, está catalogada como expresión de las civilizaciones avanzadas; aparece en esas civilizaciones que han cultivado las ciencias y las artes, en aquellas en las que se da el ejercicio del ocio reflexivo. En este poema encontramos las dudas propias de todos los sabios antiguos: ¿Cómo debemos vivir mientras existimos en el tiempo? ...felicis, dice el tlatoani, debemos saber desprendernos y así aceptar la realidad de la muerte.

El Tlalocan lugar fértil y abundante donde van los niños muertos, las mujeres que mueren en el parto y por fenómenos provocados por el agua. Es un paraíso; sobre Tláloc, vemos una especie de árbol de la vida.

Un humilde campesino y leñador, llamado **Macario** (Ignacio López Tarso) vive obsesionado por la pobreza que sufre y el temor a la muerte. Debido a la precaria situación al borde de inanición que viven él y su familia, comienza a anhelar poder disfrutar de un banquete sin tener que compartirlo con nadie.

En su obstinación, decide encontrar un guajolote que él pueda comer solo. Su preocupada mujer le ayuda robando un guajolote, y Macario sale a la soledad del bosque para comerlo a escondidas de sus chilpayates (niños). En el bosque, se encuentra consecutivamente con tres enigmáticas personalidades, y cada una de ellas desea disfrutar de su succulento platillo.

Después de tener un encuentro con el diablo y Dios, con quienes no comparte el guajolote; se presenta la muerte, en forma de un campesino indígena, que le dice que hacía miles de años que no comía, y Macario acepta convidarle (no con temor, sino por comprensión), ya que Macario se da cuenta de que, ante su ineludible designio, nadie escapa, y además le confiesa que le convidó para que, mientras comiera, se retrasara la muerte del propio Macario.



Escena de la película Macario